

ción de la obra de Miguel Sánchez sobre la imagen de Guadalupe en 1648. La autora se remonta a los orígenes de los cultos de ambas advocaciones y explica cómo se relacionó a la madre de Dios del cristianismo con el águila, en alusión al pasado prehispánico, por un lado, y al tema del Apocalipsis bíblico, por el otro, sin olvidar también la predilección de los Austrias por representar el águila bicéfala en sus emblemas del siglo XVII. Es el de Remedios-Guadalupe, en suma, el ejemplo quizá más contundente para la autora de la integración de símbolos prehispánicos y cristianos así como del intenso afán criollo por forjarse una identidad distintiva a través de estos elementos.

Una vez visto el perfil del libro en su conjunto, puede concluirse que *El águila y la cruz* de Solange Alberro abre un amplio abanico de alternativas de análisis histórico de la era colonial por su afán propositivo, que incita a la reflexión y a la ulterior discusión. En general, la obra teje una historia que descubre la complejidad, heterogeneidad y singularidad de la sociedad novohispana y de las estructuras que conformaron una particular visión del mundo y de la vida. Muestra, en suma, que a veces la historia se revela, mas que en los fríos recuentos de la economía o en las bien articuladas premisas de la política, mas que en el engranaje de la sucesión de hechos en una precisa cronología, a través del sentir y del pensar de las diferentes generaciones que vivieron cada época, su propia época.

Alicia MAYER

---

Domingo Elizondo, *Noticia de la expedición militar contra los rebeldes seris y pimas del Cerro Prieto, Sonora, 1767-1771*, edición, introducción, notas y apéndices de José Luis Mirafuentes y Pilar Máynez, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1999, 112+LXVIII p., ils., mapas. (Serie Historia Novohispana 63)

A lo largo del siglo XVI la corona española dedicó grandes recursos e importantes esfuerzos a la consolidación del régimen colonial, para recoger en las siguientes centurias los frutos de sus conquistas en América, y aunque este proceso pudo llevarse a cabo con relativo éxito en territorio mesoamericano, no aconteció así en el agreste y extenso territorio norte de la Nueva España.

Graves problemas, excesivos gastos y muy pobres resultados representarían para las autoridades gubernamentales las tardías hazañas de conquista, reducción y evangelización de los miles de indios que habitaban el enorme territorio comprendido entre los litorales del Pacífico y las costas de Texas que pertenecía al imperio español.

Tales hechos, así como las complejas circunstancias que acompañaron el poblamiento y colonización del territorio novohispano, produjeron un caudal de escritos tales como informes, reales órdenes, reportes de visitas, reglamentos, instrucciones, cartas, memoriales, representaciones, diarios y derroteros, gracias al cual, a decir de María del Carmen Velázquez, “las vicisitudes de la vida americana pueden reconstruirse”. De aquí pues la necesidad de localizar, exhumar y difundir aquellos testimonios, producto del quehacer humano, para que analizados a la luz de la crítica histórica, se conviertan en las fuentes de que se sirva el investigador para la reconstrucción historiográfica de una época.

En este sentido, la obra del coronel Domingo Elizondo, editada por José Luis Mirafuentes y Pilar Máynez, adquiere un nuevo valor al ser presentada a la luz de la investigación histórica y lingüística, ya que deja de ser el mero testimonio de un hecho del pasado para transformarse en una rica fuente de información histórica y filológica.

Además del acierto logrado por los autores al editar y difundir este documento tan importante, de cuyo contenido hablaremos más adelante, también resultan meritorias las otras partes que forman el libro y que complementan el valioso trabajo de edición del escrito de Elizondo. A saber son, en primer término, un prefacio, en el que los autores describen los objetivos de la edición, la ubicación y el origen del manuscrito, las fuentes consultadas para su mejor comprensión, el valor histórico del mismo y las secciones en que se encuentra organizada la publicación; en segundo término, un notable e ilustrativo estudio introductorio con información de primera mano que permite al lector, especialista o no, conocer los motivos y entender el contexto en que se llevó a cabo la campaña militar contra los habitantes originales de Sonora. De gran provecho resulta también el apartado que describe tanto las características lingüísticas del manuscrito como los criterios utilizados para su edición, criterios que por otra parte estuvieron determinados por lo que Mirafuentes y

Máynez consideran el objetivo principal de este tipo de trabajos, esto es, aproximar al lector al documento mediante la modernización de las grafías, signos de puntuación, corrección de faltas de concordancia, incorporación de unidades lingüísticas para comprender los enunciados y la propuesta de redacciones más claras y precisas de los párrafos que resultan confusos. Asimismo, los editores exponen la importancia de dar cuenta de las características formales y lingüísticas del texto, que si bien “no detenta las peculiaridades de un refinado estilo”, sí resulta fundamental para conocer la lucha de resistencia que sostuvieron los seris y los pimas ante el proceso de pacificación llevado a cabo por la expedición de Domingo Elizondo entre 1767 y 1771. A manera de apéndices, la publicación reproduce dos mapas del Cerro Prieto de Sonora —principal escenario de la lucha entre españoles e indios—, localizados en los Archivos General de la Nación y en el de Indias de España, así como tres cartas que en conjunto muestran la preocupación de las autoridades frente al estado de hostilidad constante en que se hallaba la provincia de Sonora y Sinaloa en aquellos años, y que son: una de Juan de Pineda, gobernador de Sonora y Sinaloa, dirigida al virrey marqués de Croix en 1766; otra del mismo dirigida a José de Gálvez en 1769, y una más de Domingo Elizondo al virrey marqués de Croix, escrita en 1771. Finalmente, cierran la publicación una lista de obras consultadas y un utilísimo índice de nombres.

A mi modo de ver, Mirafuentes y Máynez prestan un gran servicio a la causa de Clío con la publicación de esta obra de carácter interdisciplinario cuyo contenido resulta por demás revelador para conocer importantes aspectos del difícil y largo proceso de resistencia que mantuvieron los grupos nativos de las tierras septentrionales frente a la embestida colonizadora que intentaba llevar a cabo la corona española. Así lo muestra no sólo el informe de Elizondo, sino la investigación de los editores, presentada a manera de introducción, sobre las circunstancias prevalecientes en la región en los años anteriores a la expedición militar.

Acerca de ello, la introducción menciona, por ejemplo, que entre los diversos factores que influyeron para convertir al norte de la Nueva España, y de manera específica a la región noroeste, en un escenario de guerras constantes, se encuentra la falta de apoyo gubernamental a las actividades evangelizadoras y de pacificación y poblamiento que llevaban a cabo los misioneros jesuitas, quienes

debieron enfrentarse prácticamente solos y en territorio desconocido, a los cientos de indios que no hacían sino mostrar su aversión y resistencia a la vida sedentaria que los ministros les ofrecían.

Con el fin de abundar en el tema, los autores explican también que pese a la intensa actividad colonizadora que entre 1619 y 1687 había desarrollado la Compañía de Jesús en tierras sonorenses, el apoyo del gobierno virreinal que debía acompañarla y sostenerla era prácticamente inexistente. Así lo demuestra el hecho de que sólo dos presidios habían sido establecidos hasta entonces en Sinaloa uno en San Sebastián y San Juan Bautista, con 8 soldados, y otro en San Felipe y Santiago de Sinaloa, con 47. A esto habría que añadir que, a partir de 1680, nuevos acontecimientos empeoraron la ya de por sí precaria situación de las misiones, que se vieron enfrentadas al descontento de los indios reducidos que debían servir como auxiliares en las acciones de pacificación emprendidas por los españoles, a la falta de vigilancia y apoyo militar para sostener sus posiciones, y a las hostilidades de los apaches desplazados desde el sur de Nuevo México, que comenzaron a invadir el noreste de la provincia.

Estas circunstancias produjeron una serie de tumultos y desórdenes que frenaron drásticamente el progreso de la provincia y ocasionaron que los pobladores ocuparan su tiempo y sus recursos en defenderse de los ataques indígenas que no pocas veces provocaron el abandono de las posesiones.

Por otra parte, el estudio introductorio se ocupa de la reconstrucción de aquellos elementos que en conjunto nos explican el espinoso camino que conquistadores y conquistados tuvieron que recorrer a consecuencia de lo que Mirafuentes y Máynez señalan como una de las dificultades más comunes que enfrentó el imperio español en sus fronteras septentrionales americanas: la contradicción existente entre su irreprimible apetito de nuevos territorios y su falta de capacidad para someterlos adecuadamente a su dominio.

Así, encontramos que a partir de 1681, y hasta 1767, misioneros, vecinos y autoridades locales no cesan de solicitar al virrey el establecimiento de presidios en puntos considerados estratégicos, que sirviesen para contener las hostilidades que cada día iban en aumento, para lo cual ofrecían incluso su participación económica. Desafortunadamente, la respuesta de las autoridades fue siempre mucho más lenta de lo que las circunstancias demandaban.

Ejemplo de ello es que entre 1693 y 1766 fueron establecidos únicamente seis presidios en Sonora: el de Corodéguaichi o Fronteras en 1693; los de San Pedro de la Conquista en Pitic y el de Terrenate en 1741; el de Tubac en 1752; el de Altar en 1757, y el de Buenavista en 1766. Para este último año, el saldo de la empresa colonizadora en Sonora, Sinaloa y Ostimuri era verdaderamente desastroso y desalentador, ya que poco se había logrado en los 147 años de presencia española en la región, y mucho menos en los 85 que se habían ocupado en soportar la resistencia indígena encabezada por pimas y seris y sostenida también por otros grupos que superaban sus rivalidades ancestrales buscando una alianza general para presentar un frente común al enemigo. A tal grado llegó esta situación que en 1765 los rumores de un alzamiento general de grupos indígenas en Sonora y Ostimuri, ligado —como señalan los autores— “al éxito creciente de la resistencia de dichos grupos, y la consiguiente oportunidad que el resto de la población nativa empezaba a advertir en la adhesión al movimiento rebelde como medio para sacudirse el dominio español”, causó terror entre los españoles, pues su capacidad de defensa estaba prácticamente minada.

Además, al hecho de que los indios locales estaban prontos a formar una confederación tribal antiespañola se añadía la desoladora situación en que se encontraban los establecimientos misionales del norte de Sonora a causa de los incesantes ataques de los apaches, que paulatinamente fueron ganando terreno a los españoles y estaban a punto de terminar con los esfuerzos colonizadores en la región.

Tan avasalladora realidad fue vista con claridad por las autoridades regionales, que temerosas de que los españoles salieran expulsados de Sonora antes de que el sistema defensivo en el sur fuera suficiente para contener la resistencia indígena, se dirigieron al virrey en la persona del gobernador Juan de Pineda, para expresarle la urgente necesidad de organizar una expedición con el fin de derrotar a los indígenas en su propio territorio.

Y es en este contexto local —notablemente descrito por los editores— y en el de las reformas borbónicas que la corona española trataba de implementar en sus posesiones americanas, en los que fueron autorizados, por Juntas de Guerra promovidas por el visitador José de Gálvez y efectuadas en 1766 y 1767, la organización de una expedición militar en Sonora que terminara con la insurrec-

ción de pimas y seris y lograra la reducción de los apaches situados en el norte, con el fin de alcanzar la tan deseada pacificación de la provincia. Para ello, mencionan los autores, las autoridades virreinales resolvieron enviar a Sonora 502 efectivos y elevar a 300 el número de auxiliares, lo que suponía la constitución de una fuerza total de 1 302 hombres. A la cabeza de la expedición estaría Juan de Pineda, gobernador de Sonora, auxiliado por el coronel de dragones de España, Domingo Elizondo.

Nada sobra pues en las casi 60 páginas de acuciosa investigación que anteceden al texto de Elizondo, el que por su parte expone los antecedentes que dieron origen a la campaña dirigida entre 1767 y 1771 contra los indígenas seris y pimas, que “pusieron a los habitantes en la última congoja”, y detalla los pormenores y bemoles de la misma.

La *Noticia de la expedición militar contra los rebeldes seris y pimas*, da cuenta los estragos causados por estos indios en Sonora, Sinaloa y Ostimuri, quienes casi lograron despoblar los más ricos reales de minas, “hasta que llegando al cielo los vapores de tanta sangre inocente y el clamor de aquellos habitantes a los piadosos oídos de nuestro incomparable soberano” —dice Elizondo—, mandó en real orden de 21 de diciembre de 1764 se ocurriese en reparo de aquellos graves males.

El militar Elizondo se refiere a las maniobras de los naturales para llevar a cabo sus ataques a las provincias desde su refugio en Cerro Prieto (Sierra de Santa Rosa); describe la organización de las tropas españolas, la estrategia a seguir para alcanzar el exterminio de los rebeldes y los planes de ataque para la invasión del Cerro Prieto, e informa de lo acontecido en los tres años que duró la campaña.

Las familias de indios quedaron diezmadas por la enfermedad y la larga guerra, y poco a poco se logró la rendición de las distintas tribus y su establecimiento cerca de los cuarteles militares. A tres años de iniciada la expedición, el Superior Gobierno recibió noticia de la tranquilidad y el estado feliz en que se hallaba la provincia.

Elizondo termina su informe recomendando que:

Para conservar la tranquilidad y fidelidad de los rendidos, no se comprende necesario de otro medio que el de no hacer novedad en los establecimientos que la cause en los ánimos a los indios y tratarlos con amor y dulzura, gobernándolos con prudencia y desterrando aquel trato de

esclavitud con que han sido manejados: motivo por el que se exasperaron muchos y causaron las sublevaciones que acaban de extinguirse, a fuerza de fatigas y considerables gastos de la Real Hacienda.

Importante es pues el acierto de los editores de la *Noticia de la expedición militar* al poner a disposición del estudioso de la frontera norte de los territorios americanos una obra que no sólo resulta rica e iluminadora en información y datos, sino también reveladora de la mentalidad de aquellos que se habían echado a cuestras la tarea de incorporar a su sistema de vida a los diversos grupos humanos localizados en tierras de conquista, que no compartían la visión del mundo que a toda costa trataba de imponérselos. De aquí que no resulte gratuita la acuñación de la frase “tierra de guerra viva”, que durante la época colonial se dio al norte de México.

En opinión de Mirafuentes y Máynez, tres serían los aspectos más valiosos que se desprenden de la obra de Elizondo: el primero tiene que ver con los datos que el *Informe* proporciona acerca de la estrategia diseñada por el coronel de dragones de España y seguida por sus hombres en la campaña contra los seris y pimas del Cerro Prieto; el segundo se relaciona con la información que el documento ofrece sobre las tácticas de resistencia desarrolladas por los seris y pimas durante el tiempo que duró la expedición militar, y el tercero describe el proceso de cambio ocurrido en Elizondo al ir adentrándose en el conocimiento del “otro”, en la medida en que fue internándose en su entorno físico y socio-cultural.

Sobre este último e importante aspecto, los editores señalan que, tras la convivencia de cuatro años que duró la lucha contra los indios, “Elizondo traspasó el plano axiológico que supone un juicio valorativo superficial de esa relación de alteridad, para situarse en el plano praxeológico, que reclama una mayor comprensión de ese ‘otro’”, por lo que se desprende que la propuesta sugerida por el militar a las autoridades reales para implantar la paz en ese territorio se fundamenta, “no sólo en los medios con los que cuenta el ejército español para sofocar los constantes levantamientos indígenas, sino en el conocimiento sobre la forma de proceder de los seris y los pimas”.

La propuesta de Elizondo a las autoridades resulta por demás interesante, ya que podría aplicarse no sólo al noroeste de la Nueva España, sino al resto de los territorios fronterizos, donde aún a

finales del siglo XVIII las formas en que los españoles trataban de imponer su dominio seguían demostrando su ineficacia y el poco o ningún éxito alcanzado.

Finalmente, quisiera señalar las que considero las dos contribuciones más relevantes de la edición de Máynez y Mirafuentes: la primera tiene que ver con la recuperación, mediante la investigación interdisciplinaria en fuentes originales, del contexto y del momento histórico que precedió a la organización y desarrollo de la campaña militar del ejército español contra los pimas y los seris de Sonora; y la segunda, y no por ello menos importante, con el rescate y difusión de documentos que, como el *Informe* de Elizondo o la correspondencia complementaria, entrañan valiosa información que es la materia prima con que todo historiador cuenta para elaborar sus interpretaciones. Por ello, grande e inobjetable es pues la deuda del investigador con trabajos como el que hoy José Luis Mirafuentes y Pilar Máynez entregan a los estudiosos de la hazaña colonizadora en tierras norteñas.

Guadalupe CUIEL

---

James Lockhart, *Los nahuas después de la Conquista. Historia social y cultural de la población indígena del México central, siglos XVI-XVIII*, traducción de Roberto Reyes Mazzoni, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, 717 p. (Serie Obras de Historia)

A siete años de su publicación en inglés, aparece en México la necesaria traducción del libro más importante de James Lockhart, *Los nahuas después de la Conquista*, el único de este investigador traducido al español hasta ahora. Este autor incursiona en el funcionamiento interno del mundo nahua colonial a lo largo de los tres siglos del régimen español en México. Además, atiende a la perspectiva indígena de la interacción con los otros grupos de la sociedad novohispana y con ello abre la puerta a una faceta poco conocida de la historia mexicana.

El contenido de esta obra abarca de manera exhaustiva los diversos ámbitos de la vida indígena en el centro de México. Lockhart muestra los patrones generales de organización y expresión de la sociedad nahua, sin detallar las diferencias subregionales. En este trabajo, el autor considera al mundo nahua como un todo y nos